



ESENCIA DE AZAR

Fátima Zahara Zhar Hozmarí

ESENCIA DE AZAR



Primera edición: mayo de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fátima Zahara Zhar Hozmarí

© Ilustraciones: Jean-Marc Moschetti

© Traducción al gallego: Xavier Frías-Conde

© Traducción al catalán: Ramón Pierrá Orozco

ISBN: 978-84-17548-02-5

ISBN digital: 978-84-17548-03-2

Depósito legal: M-17721-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A ti, así de sencillo, como un haiku

Un *haiku* es un instante corriente,
es el instante en que todo fluye,
asombrosamente extraordinario

EL DON DE LAS ESENCIAS

Muy pocas, escasas veces, en contadas ocasiones va a encontrarse el lector de poesía ante una obra como esta que tiene entre las manos. Pocas veces la sutileza y la hondura solidifican con tal certeza y naturalidad. Pocas veces el delicado lirismo y el fugaz instante de eclosión de la Naturaleza van a encontrar una mano artífice tan perfecta para aprehenderlos como la de la poeta y escritora Fátima Zahara. Pocas veces, en fin, el *haiku*, ese poema tan breve como intenso, ha alcanzado —estamos por decir: alcanzará— tan elevadas y sublimes cotas de perfección.

Tal es así, que uno diría que son obras brotadas de la pluma de un *haijin* clásico y prístino japonés: hablo de un Matsuo Bashō (1644-1694), de un Masaoka Shiki, pseudónimo de Masaoka Tsunenori (1867-1902). Maestros que le vienen al pronto a la autora como lecturas iniciales, o, sin ir más lejos, y por no resultar prolijos, ese grande Yosa Buson (1716-1784), tercero de los cuatro grandes, a quien, para cerrar tal cuarteto genial, hemos de añadir a Kobayashi Issa (1763-1827). Por no agregar, asimismo, a aquel Taneda Santoka (1882-1940) o, ya por último, y próximo a nuestros días, y que ha vivido y estudiado, además de en Tokio, en Occidente (University Collage de Londres) y profesor de literatura inglesa, Natsume Sōseki, autor de la célebre novela *Soy un gato* (1905). Se dice todo esto, además de para señalar las fuentes de la *haijin*, como ilustración del género para el inquieto lector. Entre todos ellos, y son los más grandes, reconocidos universalmente por la tradición erudita y popular, no sería una boutade señalar a nuestra poeta

como al par de los mismos, tal es nuestra convicción sin ánimo reverencial, sino por ser fieles a verdad y razón. Pero de todo esto se hablará y se argumentará, con pelos y señales, a su debido tiempo. Que nada se dice aquí a humo de pajas, sino con bien fundados *argumenta* retóricos y poéticos del propio *haiku*, en tanto género lírico, y literarios por extensión.

EL *HAIKU* COMO POEMA

Comencemos, tras ese breve y necesario exordio, por centrar nuestro tema originario, el *haiku* como manifestación formal y significativa lírica. ¿Qué es, en puridad, un *haiku*?

Permítasenos señalar a este propósito que, hoy por hoy, el lector medio —estamos por decir, hasta el culto— ignora no sólo lo que es un *haiku*, sino que no ha oído en su vida tal término; y, en consecuencia, no existe en su enciclopedia mental, culta y experimental, por decirlo con Umberto Eco, el inmortal filósofo y estudioso de la Semiología y otros actos de la comunicación.

El *haiku* es una obra lírica breve en lo formal e intensa en su contenido emocional. La definición, sobra decirlo, es nuestra. Más no acaba aquí. Un *haiku* es un poema monoéstrofico, de tres versos de arte menor y blancos (tercetillo) distribuidos, respectivamente, en un pentasílabo, un heptasílabo y otro pentasílabo (5 / 7 / 5). Todos los versos, sobra decirlo, se atienen a las leyes del cómputo silábico, así como a sus licencias, de la tradicional, y académica, Métrica Española. Dato este que no es tenido en cuenta por no pocos que dicen ser poetas.

Pero con no ser poco el nivel formal del *haiku*, que arriba hemos señalado, todavía han de ser subrayados, encarecidamente, otros rasgos, tan precisos como rigurosos, a la hora de alcanzar la plenitud de una pieza tan breve como extremadamente difícil de ejecutar, de conseguir. Si no resultara redundante con el título de la obra que aquí se ofrece, bien podríamos decir que la «esencia» del *haiku*, su alma en vilo, si se nos permite el modo de señalar;

si se quiere, su *busilis* o su *quid* radica en captar la esencia de una emoción en su hacerse, en el brotar repentino y fugaz. Una emoción que, *sensu stricto*, siempre ha de estar sustentada en la Naturaleza. El *haiku*, en suma, es para nosotros, sobre todas las cosas, la aprehensión de un instante inefable. Y aun diremos más: el *haiku* rehúye la acción verbal; gusta, en cambio, de los nombres comunes, de (¡repárese!) los sustantivos: ama las substancias como impresiones, lo mismo que si fueran sinestesias rotundas, esenciales... El, ¿por qué no decirlo? El no sé qué que queda flotando, palpitando en busca de un receptor que lo subsuma y lo sublime.

De tal modo que el *haijin* —valdría decir, en lenguaje cotidiano, poeta— ha de transmitir en su obra, en su *haiku*, ese pronto, ese resplandor fugaz, único, dentro de lo cotidiano y en contacto con Natura (término este que nos es más afín), de lo sencillo, pero jamás de lo vulgar; de lo común, pero no de lo rastrero y sucio, grosero, burdo. Porque el *haiku* es también el cronotopo de una emoción: ese *hic et nunc* (aquí y ahora). Lo irrepetible, el fluir en su eventualidad móvil. El apresar con los dedos índice y pulgar esa gota de lluvia que cae, en su mismo caer. Y en este campo se mueve, como muy pocos, a la altura de los grandes autores japoneses, como ya se ha dicho, nuestra *haijin* Fátima Zahara. Es más; es capaz de añadir, sutilmente, aun sin nombrarlo explícitamente, lo que los estudiosos avezados y profundos; los, digamos, escoliastas de arraigado conocimiento en el *haiku*, denominan *keigo*. Esto es, el hecho de llevar dentro, implícito, todo el *haiku*, el ser de una de las cuatro estaciones del año. Y, asimismo, otra de las características capitales del *haiku*: suprimir en el mismo la presencia del *haijin*. Este es quien siente, quien es golpeado por un impacto emocional; un impacto que produce, al pronto, inesperadamente la Naturaleza. Su labor es transmitir su adolorido sentir, la vibrante imagen de ese instante; un instante personal, exclusivo, único, irrepetible y propio: sólo y privativo del *haijin*. A este respecto, mantiene la autora estas convicciones rotundas, esclarecedoras, netas, que deben

figurar como pieza angular de las nuestras, puesto que reflejan su *Ars poetica*; la semilla del *haiku*, llega a decir,

Es pura contemplación de la Naturaleza. [...]
Escribo siempre en la Naturaleza, esos
momentos se captan, no se piensan.

Es este, a nuestro juicio, un dato relevante, muy relevante, de quien tiene bien asumida su función de *haijin* en cuanto receptor de *esencias* y transmisor y muñidor de las mismas. «No busco la inspiración —nos confiesa— en la Naturaleza; sino que la encuentro». La autora, en fin, viene a manifestar con una claridad y sencillez asombrosas, como si hablara de frutas o de cine o de pintura, que se topa con ella, con la Naturaleza, cuando esta transmite una voz que en el alma de la autora se vuelve emoción; «y entonces, solo en tales casos, lo anoto —señala— en cualquier papel, en cualquier sitio. Luego, ya en casa —sigue diciendo—, lo paso al ordenador». He aquí, desnuda, en su pleno ser, toda la ceremonia de la creación poética, la ofrenda incruenta, viva, desnuda, inmediata: desde el germen hasta su madurez, su plenitud. La obra en sí, con su ropaje de paseo y de gala para ser presentada en público, tal una flor o una hoja en su descenso en vilo, en vuelo; sin llegar nunca al suelo. Tal es, reiterémoslo, el ser del *haiku*, su esencialidad desnuda. Sin exornación retórica.

Y, desde esta perspectiva, la autora, una vez hecho acopio, como una abeja, del néctar fecundo que brota semioculto de la Naturaleza, digerido y aderezado como tal, lo comparte con los demás al escribirlo, al (re)crearlo. De donde inferimos que el *haijin* es mero transcriptor de las manifestaciones naturales, un filtro, si se quiere, un intermediario entre Natura y lo que ha de llegar a un lector anónimo, universal; tú, sin ir más lejos, que ahora lees estas palabras preliminares y habrás de enfoscarte, emboscarte, perder-te, diluirte en los *haikus* que lees, leerás, en cada *haiku*. Porque leer es estar al par de quien escribe. El lector, si lo es con certeza, es

cocreador. Anida en el alma misma de cuanto lee. Es el texto. Lo otro. El mensaje mismo.

He aquí lo que acontece en esta obra que presentamos con palabras que buscan la precisión para transmitir lo que hemos sentido nosotros al leerla. Palabras que no aciertan, acaso, a explicar cuánta luz se esconde bajo estas páginas que siguen a las nuestras.

LUGARES CONCRETOS DE LA NATURALEZA DONDE HA ENCONTRADO LA AUTORA SU EMOCIÓN, SUS ESENCIAS

Mas, ¿en qué sitios naturales, en qué *loca* concretos, reales halla Fátima Zahara esa voz hablante, susurrante de la Naturaleza? ¿No les suena a ustedes, lectores avezados de este nuestro texto, a epifanía, puesto que es manifestación semisobrenatural? ¿No se halla convertida, por medio de la *haijin*, Natura en un ser capaz de transmitir emociones, dictados, a los que sólo unos pocos iniciados, o de hiperestesia singular les es dado alcanzar? Tal parecen, si no todos —eso tampoco— muchos, la gran mayoría de estos *haikus* aquí reunidos.

Fátima Zahara sí nos hizo hincapié, al concretar estas palabras preliminares, únicamente, en un hecho: «quiero dejar constancia fiel —notarial, añadimos nosotros—, de que esa naturaleza que a mí me ha sugerido, hablado; donde yo, contemplando, he captado, estas emociones. Y heme aquí como amanuense». Conviene a saber : el Lago Lemán o Lago de Ginebra, los Alpes suizos, los viñedos medievales y monásticos en terraza de Lavaux, junto a la ciudad de Lausana (*Lavaux, Vineyard Terraces*) y también la Playa de Río Martín, en Tetuán, la ciudad, conviene subrayarlo, con más rasgos andalusíes de Marruecos, cerca de Tánger y de Ceuta. Y, asimismo, el río Oyonne y su boscosa ribera próxima a su residencia actual. También el cementerio de la ciudad y comuna suiza de Vevey, en el cantón de Vaud, que limita al sureste con La Tour

de Peilz, ciudad residencial de Fátima Zahara en la actualidad. Sin olvidar, ya en España, el Delta del Ebro, con sus playas y arrozales. Dato este muy singular, puesto que la autora parece (es) en algunos *haikus*, al amor de los arrozales, una auténtica voz japonesa.

En conclusión, esta vida errante, de viajera incansable de la poeta, viene a ligarla, de nuevo, con el *modus vivendi* de no pocos monjes budistas y maestros, como un Bashō. Confiriéndole, asimismo, esa variedad temática de los *haikus*. Donde uno puede hallar un arrozal, una alberca andaluza o marroquí o, en fin, un fenómeno atmosférico que recorre —devastando con su ira— media Europa, tal el Burglind, confiriendo verdad y originalidad.

No quisiera, empero, concluir esta introducción general sin mencionar algo que encuentro esencial. En Fátima Zahara convergen, de manera natural e incluso ajena a su voluntad, tres circunstancias que vuelven a otorgarle singularidad extrema. Por un lado, su origen marroquí, lo que implica cierta filosofía sufí, próxima a nuestra mística; por otro, no hemos de echar en saco roto el hecho de la cultura musulmana, como invasora de tierras orientales desde sus remotos orígenes; lo que deja esa singular raíz de meditación, reflexión y vivencia profunda. Mas, con no ser poco lo referido, cabe añadir que en la formación concreta de nuestra juvenil poeta, tuvo que ver bastante su paso por la Universidad de Granada, donde pudo acceder a círculos literarios y artísticos que marcarían, ya para siempre, su singular sentido poético. De esta época —años ochenta— procede su formación en la literatura Occidental de las Vanguardias, el dadaísmo o el surrealismo, a las que no fue ajeno el propio verso de García Lorca.

UNA CALA EN LA OBRA: comentario de un *haiku*

La sutileza, el intrínquilis del *haiku*, de los *haikus* de Fátima Zahara, en este caso, radica en la aprehensión tangible, plástica del instante; de ese instante que por naturaleza —en tanto devenir— es fugaz e irrepetible. Bástenos, para ilustrarlo a modo de ejemplo,

el comentario de este singular, bellissimo poema, digno de figurar en cualquier antología, no ya de *haikus* solo:

Día de viento
la sombra de las hojas
mientras se caen

El lector, todo receptor, tras leer este texto se siente impelido a releer una y otra vez. Primero sufre, con la lectura inicial, una conmoción: el arrebato de empuje de una emoción honda, nueva, inusual, inexplicable: el temblor de lo sublime, de lo inefable. Acaso, entre aquel golpeteo que ha estremecido su mente, quede del fragor un sabor, un color de otoño, una evocación, quién sabe si un asomo de melancolía. Y, al mismo tiempo, una sed, una alucinante necesidad de saber más. Otoño, sí —parece decirse—, pero había más; latía allí un sinnúmero de evocaciones y sugerencias. Y es entonces cuando torna el receptor al *haiku* rozado, apenas conocido; pero con mayor atención y cautela: sabedor de la miga que entraña. Torna a releerlo, la poesía es para ser releída una y mil veces, como una jaculatoria.

Día de viento
la sombra de las hojas
mientras se caen

Dejemos ahora al lector común y poco avisado que continúe con su lectura; que asimile por su cuenta y según le permitan sus entendederas, su fantasía y su sensibilidad.

Vayamos nosotros por otro sendero, guiados, como Dante por Beatriz en el Paraíso, por el autor de este *Prólogo* a recorrer el fecundo y ameno huerto de esta magistral composición.

1.—Sigamos la linealidad de la pieza: *Día de viento*.

Estamos, de hoz y coz, no ya en un límite cronológico concreto, «día»; sino meteorológico, «ventoso». ¿Desapacible? Poco

importa. Sí, en cambio, que no es sereno, que está dominado por el movimiento del aire. Y tal actividad de este elemental principio desde la Antigüedad helena nos pone ya en contacto con la Naturaleza. Sólo tiempo. Del día, no el *locus* ni la hora (diurna, en todo caso) ni alguna otra circunstancia; sólo, eso sí, el aire. Y el aire en movimiento es fuerza eólica, impulso, elemento que actúa directamente sobre Natura como empuje, arañazo de erosión y transporte, como transmisor y propagador de esporas y de semillas y olores y nubes que llevan y traen aguas, lluvias... Todo natural y uno en su diversidad.

Detengamos aquí la lectura y connotaciones semánticas del v. 1.

2.—*La sombra de las hojas*

De nuevo el impacto emocional, la sorpresa, si se quiere, es brutal.

En el «día», en el devenir natural y meteorológico, un objeto nuevo —y natural— hace su aparición, como si fuese una flor que nace al pronto y deja incendiado y embalsamado el aire, la atmósfera, el paisaje, el entorno: «las hojas».

Y aquí, en esta substancia vegetal concreta, particular, tangible: el ser del *haiku*; toda su alma cobra sentido, se encarna en sentido y emoción: en visión y razón. Los sustantivos —concreto y abstracto este, invisible el primero— se fusionan; y de ese encuentro, de tal unidad, nace, deviene una estación; una de las cuatro estaciones del año. Y con ella el *keigo*, ese factor fundamental y significativo del perfecto *haiku*. A la altura de muy pocos, como ya vimos. Estamos, pues, en el otoño. Y con el otoño, de nuevo, un cúmulo de connotaciones: amarillos, ocres, lluvias, desalación, muerte de hojas, fin de una vida caduca: un símil plástico, elocuente con el ser humano; en fin, un, si nos ponemos profundos y trascendentales, perfecto *memento mori* para quien sepa leer los renglones, los dictados de Natura.

Mas con no ser poco, cuanto se acaba de señalar arriba, todavía podemos darle una vuelta más de tuerca. No son, en puridad,

aunque también, «las hojas» del otoño a merced del viento sañudo, arrebatador, destructivo, asesino, como la muerte misma, el epicentro de la pieza, su *leitmotiv*; sino que el foco, el núcleo, por decirlo en términos lexicosintácticos, del verso es «sombra»: «la sombra», con su determinante artículo y el complemento nominal de dicho núcleo es «de las hojas». En resumen, se infiere de esto que la fuerza del verso —y del *haiku* todo— estriba en el término «sombra».

Ítem más. Decimos «sombra». Lo entendemos denotativamente. Sombra no es la cosa, el objeto —con la metafísica— es reflejo de algo corpóreo, tangible, empírico. Sombra tiene, al cabo, carga semántica de fantasmagórico, de inaprehensible. Y lo es. Podemos asir entre los dedos la hoja; pero jamás su sombra. Y aquí, a este punto, nos ha llevado el verso de Fátima Zahara, su autora. Ella, en tanto *haijin*, no se queda en la materia (hojas), sino en su trascendencia, un poco más allá, en lo imperceptible a los ojos corpóreos, de los sentidos. Si se quiere, en el alma de las mismas, su sombra. De tal suerte que, si ya las hojas eran despojos, excrecencias en las ondulaciones del viento vivo, las sombras ni se contemplan. Son la visión extrema, imposible (en *adýnaton*) que sólo concierne y alcanza a pocos, a los elegidos, a los que denominamos, *sensu stricto*, poetas. Y la autora de estos versos, a la luz irrefutable de esta obra, es, ni más ni menos, toda una poeta. Una poeta, *motu proprio*, sin alharacas, sin vanidad; no señalada —como acontecer suele— como tal a humo de pajas; sino con los sólidos argumentos críticos filológicos, tal las leyes físicas y científicas de la gravedad o la relatividad.

Y aún quiero añadir más. En este singular verso, un verso que diríase brotado del venero mismo y puro de la propia lírica, encarnada esta en la voz de la poeta o *haijin* Fátima Zahara, quien se limita a ofrecerse como amanuense, laten también las fecundas y sonoras voces de la tradición. Eso que podríamos analizar en tanto literatura comparada. ¿Qué son esas «sombras de las hojas otoñales», si no un guiño cómplice, intertextual, un eco en el eco de otro verso (el postrero del clásico y perfecto soneto gongorino) del más

universal, donde los haya, de nuestras letras hispanas, de nuestra historia literaria. Hablo de un soneto de Luis de Góngora (1561-1627) *Mientras por competir con tu cabello*, poeta cordobés, y andaluz, como nuestra *haijin*, educada en Granada y originaria de Tetuán. Poeta, Góngora, que vive en el siglo XVII, como el propio Bashō (1644-1694), aunque este un tanto más joven, según se echa de ver. Pero sigamos con el verso «la sombra de las hojas». Pongámoslo frente al último del célebre soneto de Góngora:

En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

Huelga explicar la *gradatio* descendente o anticlímax, en construcción anafórica, aliterante y asindética, lo que confiere, a la par de musicalidad de campana doblando a *mors*, mayor velocidad a la acción, asimilada a la fugacidad de la propia vida y su degradación, para pintar a ojos vistas el nihilismo existencial. Y ahí está el término de la autora, del imperecedero *haiku*: no las hojas (¡reiteremos!), sino su sombra, su degradación, su fugaz paso.

Para no resultar prolijo: de las hojas otoñales todos somos conscientes; las recordamos, las vemos en la imaginación con su variado y mutante cromatismo; mas, ¿quién, que lee, ha reparado en su sombra? Quien esto escribe manifiesta que nunca había dado en pensar tal imagen: la sombra de una hoja otoñal cayendo.

3.—Y, por si no bastare, «mientras se caen»

Reparemos de nuevo, con la precisión de un relojero suizo — tierra que pisa ahora la poeta—, en que este verso postrero se inicia con adverbio temporal, «mientras», antecediendo a la acción pronominal de movimiento, «caerse». Adverbio que nos remite, manteniendo la acción de caer, en su mismo hacerse, al verso anterior: «la sombra de las hojas», que es el sujeto. ¿Qué queremos decir?

Que todo el poema se sostiene en ese fugaz instante detenido, petrificado, convertido en obra de arte, de camafeo lírico: el *haiku*

mismo que logra apresar, mediante la palabra, la acción de caer sin principio ni fin, en su mero transcurrir. Eternizando la acción en el punto crucial, en el punto medio, *in medias res*. Como quien caza una mosca al vuelo y, sin que esta deje de volar, la muestra públicamente.

Esta es, no sólo la perfecta definición del *haiku*, sino su esencia; la metadefinición mediante el acto en sí. La perfección absoluta.

Dicho de otro modo: si el *haiku* es la aprehensión de una emoción producida por la naturaleza en el *haijin*, manifestada en unos versos, ningún otro ejemplo tan elocuente como el que acabamos de comentar.

A MODO DE CIERRE

El lector se halla ante una obra espléndida, una obra, ya se dijo, a la altura de los grandes maestros japoneses del *haiku*. Acaso por esa particularidad de ser obra femenina, a horcajadas entre lo Oriental y lo Occidental; acaso porque la *haijin* está dotada de un estro especial, singular, al alcance de muy pocos. Ninguno de cuantos autores de la literatura española o hispanoamericana —véase un Octavio Paz, un Borges, pongo por caso— logran darle esa sutileza y ese punto de plasticidad y de viveza que consigue en esta obra Fátima Zahara.

El número de poemas es breve, pero significativo: 31, como los días de los meses más largos. Lo mismo que si respondieran a ese ritual de leer y reflexionar sobre cada pieza durante un mes. Pongamos enero, octubre, diciembre, mayo. Llevan unas ilustraciones maravillosas que le ha prestado a la autora un amigo zen pintor, Jean-Marc Moschetti. Y poco más podemos añadir a lo dicho ya. Únicamente, y ya como colofón, que los *haikus* se presentan desnudos: sin número o letra que los señale, sin signos de puntuación, en su desnudez pura. Ahora es la hora del lector. La tuya, que tienes en las manos esta obra. Lee con atención plena. Déjate llevar por el impulso lírico. Trata de ponerte a la altura del mundo que

brota ante ti. Y asimila, apréndelo, desentrañalo y conviértete en ese instante natural, en esa emoción que te posee.

Ahora, lector, el turno es el tuyo. Solo tú recrearás la obra, cada *haiku*, cada emoción, cada esencia, abriendo aquí o allá al azar, como amanece cada día. Nadie como tú para recibir el mundo, el clamor del alba en su puro latido.

PEDRO CRESPO REFOYO
Doctor en Filología Hispánica,
profesor y escritor
Madrid, octubre, 2018

En algún punto
este arroyo resuena
nubes dispersas

Nalgum ponto
este regueiro ressoa
nuvens dispersas

En algun punt
aquest rierol ressona
núvols dispersos



Hojas de historia
en las estelas grises
capullos frescos

Folhas de história
nos ronséis cinzentos
germolos frescos

Fulles d'història
en les esteles grises
capolls frescos

